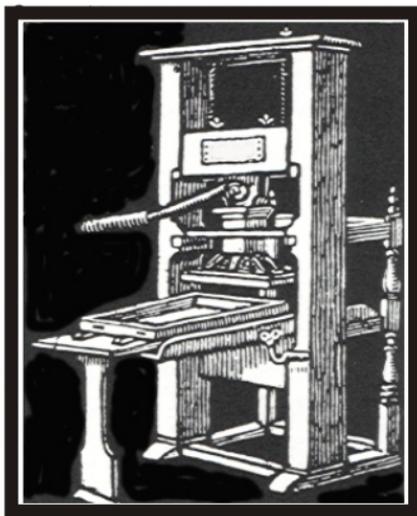


LA LETRA Y EL ALFABETO



Construcción de la letra E según A. Dürer

Francisco Dopacio del Agua

Mexico. 2005

Derechos reservados:
© 2005 Francisco Dopacio del Agua

González Ortega No. 42
Tuxpan, Ver., Col. Centro
C.P. 92800, Tuxpan de Rodríguez Cano, Ver.

E-mail: poniente520@gmail.com

Registrada en la Dirección General del Derecho
de Autor y en el International Standard Book Number.

ISBN 005-7204-00-9 (Rústica)

Queda prohibida la reproducción parcial o total
por cualquier medio incluyendo el fotocopiado,
así como la realización de material basado en el
argumento de esta obra sin la autorización expresa
del autor.

LETRAS

En los últimos tiempos con el desarrollo impresionante de los medios de comunicación masiva, que han convertido nuestro mundo en una pequeña aldea global, sigue siendo la palabra el mayor medio de comunicación del ser humano.

Nada la podrá sustituir, pero detrás de cada palabra en su origen, están las letras, que representan los sonidos y ayudan a transmitir las ideas.

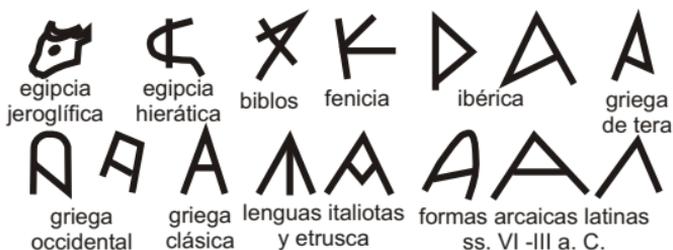
Lo que pocos saben es que detrás de cada letra tenemos una historia que nos revela como el hombre a tratado de entenderse y expresarse.

Entre los años 1800 y 1300 a. de C. gente de la raza semita excavaron en

la península de Sinai, extrayendo minerales para los egipcios. En las paredes de las canteras donde trabajaron se han descubierto inscripciones y 22 signos que no son ningún jeroglífico. Los lingüistas suponen que los trabajadores sustituyeron los jeroglíficos correspondientes a las 22 cosas más importantes de la vida cotidiana por 22 palabras semíticas y que lo hicieron ateniéndose a un orden de importancia: *Alef* para buey, *bet* para casa... Los fenicios debieron de adoptar entonces ese primitivo alfabeto y luego lo desarrollaron.

De hecho la *a* tenía en su forma más primitiva la forma de la cabeza de un buey y nació como consonante pero el destino le tenía reservados otros quehaceres para su larga vida, los

fenicios en sus viajes de mercadeo dieron a conocer en todos los lugares donde hacían comercio su alfabeto de consonantes, los griegos adoptaron algunas letras fenicias para representas vocales, entre estos signos alfabéticos se encontraba el *alef*, que llamaron *alfa*. Para ellos, era más importante contar con una letra vocal *a* que una consonante de sonido casi inaudible que sale del fondo de la garganta.



La idea fue tan buena, que todos los alfabetos el griego, latino, cirílico y muchos más comienzan desde entonces con la letra *a*.

Tanto así que en el año 400 d. C. Juan Crisóstomo patriarca de Constantinopla, decía sobre esta vocal que *“es la letra que une a todo el alfabeto”*.

La Creación en la Biblia cristiana comienza con la letra **a**, por las palabras *“Al principio...”*; otras religiones lo ven de distinto modo. Un rabino llamado Jona dice en el Talmud: *“El mundo fue creado por medio de la letra **b** y no mediante la letra **a**”*, la primer palabra en la Tora corresponde al Génesis que es la Biblia Hebrea. Por su parte el Corán empieza también con esa letra la **b**, tal vez sea casualidad.

Los fenicios le pusieron por nombre a esta letra **bet**, que significa “casa”.



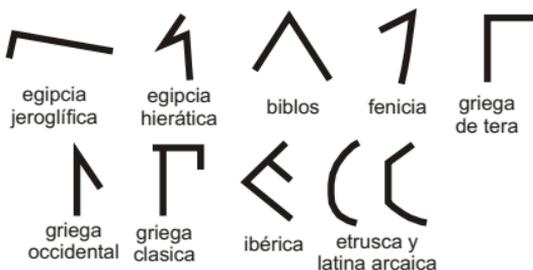
La *b*, tal como la conocemos actualmente, existe hace unos 2800 años. Fue grabada por los griegos, en piedra, barro y metales. Al principio, estaba orientada hacia la izquierda pues lo mismo los fenicios que los griegos escribían de derecha a izquierda.

Durante muchos siglos, sus curvas fueron picos por que estaba formada por dos triángulos, solamente a partir del siglo VI a.C., cuando los escribas pudieron disponer de tablillas de barro y papiro, los triángulos se fueron trasformando en la redondeada **B**.

En el siglo III y IV de nuestra era, fue haciendo su aparición el pergamino en los monasterios y los monjes desarrollaron: con plumas de ganso y tinta un nuevo estilo de escritura. En aquella época empezaron a utilizar la escritura *uncial*, que fue llamada así por la palabra latina *uncia*, “pulgada” pues la altura de estas letras era de aproximadamente una pulgada, fue entonces cuando la redondeada **B** adelgazó en su parte superior hasta que la curva quedó reducida a un simple trazo.

En la llamada letra *semiuncial*, que se utilizó entre los siglos V y IX se combinaban letras minúsculas y mayúsculas la **B** y la **b** estaban ya diferenciadas.

La **C** en el alfabeto fenicio se llamaba *gímel* que quiere decir “camello”.



El alfabeto "original" latino no tenía letra **G**. En su lugar se usaba la **C**, y sólo los romanos cultos sabían cuándo pronunciarla de una forma o de otra: por ejemplo, el nombre masculino Cayo, que unos pronunciaban Gayo (Calígula) y otros, Cayo (Julio César). Un sujeto de aquellos tiempos, llamado Carvilio que, probablemente, vivía en permanente irritación de oírse llamar Garvilio, puso fin a esta situación añadiendo a la

"C" una "j" pequeña para obligar a todos a pronunciarlo lo mas parecido posible a la "C" actual quedando así: Cj. De esta combinación salió nuestra G, que, si se fijan, conserva restos del agregado. La "C" misma es letra curiosa, ya que es la "K" griega pero sin espina dorsal; así: "<"; (recuerda que el alfabeto latino deriva directamente del griego).

Como la mayoría de las letras la **D**. En griego *delta* viene de la escritura fenicia donde se llamaba *daleth*, que significa “puerta” se entiende trozo de piel que cierra la entrada de una tienda.



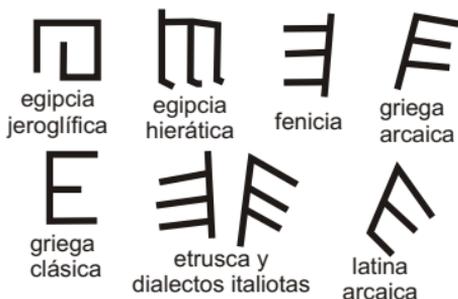
En lo que concierne a la forma la *d* era tirando a triangular, y la *delta* de la lengua griega se ha conservado sin ningún cambio desde hace 3000 años. Fueron los romanos que escribían sobre material blando. Como papiros o pergaminos, los que dieron la redondez a su forma.

La letra *delta*, para los griegos tenía un significado diferente, se había convertido en el símbolo del órgano sexual femenino y de la fertilidad y precisamente por eso, la delta se asociaba en la antigua Grecia con Deméter, la diosa de la fertilidad de la tierra y de la agricultura.

La letra *e* se llamo *he*, que significa verja de ventana.

Cuando los griegos tomaron el

signo ortográfico lo llamaron *epsilon*, que quiere decir “*e* desnuda” para resaltar que la letra se pronunciaba sin ninguna aspiración.



Cuando los griegos descubrieron el alfabeto fenicio y lo adaptaron a sus necesidades lingüísticas, enseguida se dieron cuenta de que el fenicio y el griego eran dos idiomas básicamente diferentes. Los fenicios podían entender su propia lengua incluso aunque omitieran las vocales; sin embargo en griego esto

resultaba imposible, ya que había palabras que se componían exclusivamente de vocales como por ejemplo con *aiei* (“donde”) o *aiolos* (“agil”). Por su parte, los fenicios necesitaban muchos sonidos guturales, que no aparecían en el griego, y uno de ellos era el mencionado *he*.

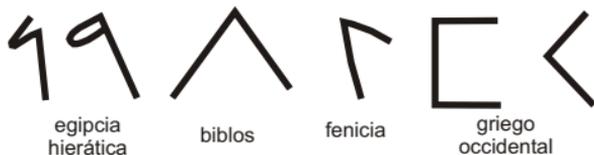


La *f* que corresponde al sexto signo fenicio, *waw*, clavo o cabezal de (almohada) a los griegos les planteo problemas, por que ellos no articulaban ese sonido. A pesar de ello adoptaron esta letra pero transformándola en una vocal que se convirtió en la *u* (*ypsilon*), y

la pusieron en vigésimo lugar del alfabeto.

Esto obligo a los griegos a diseñar una nueva *f* para ponerla en el sexto lugar que en este caso no miraba a la derecha, como actualmente sino al revés.

En los primeros manuscritos que se remontan al siglo VI a. C. se conservan indicios de los primeros signos de la *f*, solo que entonces se escribía *fh*, para diferenciarla del sonido *w* de la variante griega y etrusca nuestra *f* moderna es una variante abreviada de de la *fh*.



Para encontrar el origen de la **g** es preciso regresar hasta la **gímel** de los fenicios, signo que a llegado hasta nosotros como **c**. Mas tarde, cuando los griegos adoptaron el alfabeto fenicio tomaron este signo como **gamma**, y después los etruscos la tomaron como **k**, el mismo valor con que inicialmente apareció en latín.

Pero en Roma tuvo después una evolución muy especial. Al contrario de los etruscos, que no diferenciaban entre los sonidos de **g** y **c** les era igual la diferencia entre *cama* y *gama*, los romanos si sabían pronunciar las dos,

aunque en su alfabeto no disponían de ningún signo para representar la **g**. Por ello, la **c** desempeñó durante varios siglos un papel doble, el de la **k** y la **g**, es decir, la utilizaban a la vez para representar el sonido sordo y el sonoro (*casa* y *gasa*). Así por ejemplo, que la palabra latina **gente**, que significa “pueblos”, se escribiera **centes**.

No se resolvió hasta el año 232 a C. Espurio Carvilio Ruga, propuso una reforma ortográfica que funcionó perfectamente llegando hasta nosotros, Cavilio le puso una rayita a la **c** y de esa forma inventó la **G**.



Los orígenes de la letra **h** se remontan a la letra **het**, que ocupaba el octavo lugar en el alfabeto fenicio y se pronunciaba como una **j** suave y aspirada. Cuando hacia el siglo X antes de Cristo, los griegos adoptaron el alfabeto fenicio, tomaron la **h**, pero lo hicieron de distinta forma los habitantes de la Grecia del este, que los del oeste. Mientras los grecoorientales perdieron aspiración y pasaron a pronunciarla como una **e**, los grecooccidentales la siguieron aspirando y la llamaron **heta**.

En español, donde no representa ningún sonido, esta letra corresponde a una **h** inicial latina (honesto, habilidad, hombre) o a una **f** inicial latina (hacer, harina, hígado).



La *I* latina, procede de la *iota* griega, que a su vez nos llega de la *yod* fenicia; Yod significa “*mano*” y procede de un jeroglífico egipcio que representa la mano con los dedos extendidos y la muñeca.

En el siglo III a. de C. los romanos le dieron su forma clásica, al añadir dos serifas o adornos una arriba y otra abajo. Después, la forma de la letra cambió poco. En el siglo XI comenzó a sobreponerse un acento a la *i* para distinguirla de los palos de la *m*, *n* y *u*; el punto que se encuentra desde la mitad del siglo XII, no fue de uso corriente hasta fines del siglo XV.

La **j** décima letra del alfabeto español que representa el sonido (*X*), aunque el nombre de esta letra procede de la **yod** fenicia de donde se deriva la **iota** de los griegos la **j** es de las últimas que adquirió nuestro alfabeto pues no está representada en el alfabeto griego. La creación de esta en el siglo XVI, se debió al humanista Pierre de la Ramée.

Séptima consonante del alfabeto castellano. Su nombre es jota, porque surge de la letra griega **iota**. El signo **J** apareció primero en el abecedario romano, y a veces se utilizaba para indicar el carácter largo de la vocal **i**, pero otras veces se usaba sencillamente como una **I** mayúscula. En la edad media

inicialmente su forma alargada (**J**) se usó con carácter ornamental muy a menudo, así como en la escritura de cifras. Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XVII no se utilizó la **j** inicial. Tuvo que pasar casi siglo y medio para que apareciera regularmente impresa en los libros europeos. Por lo tanto, mucho después de la invención de la imprenta, la **j** no era más que una mera variación caligráfica de la **i**. En latín y en español antiguo podía tener el valor de una vocal o de una semivocal, así como mostraba un uso restringido de su función como consonante en cualquier posición de una palabra. Eso explica las variaciones ortográficas que aparecieron en varias palabras del español bien conocidas: México, Méjico, Quixote, Quijote, Xalapa, Jalapa.



K, undécima letra del alfabeto español. Aparece con su forma actual en el alfabeto romano, como correspondiente de la letra griega *kappa*, de la que procedía; ésta a su vez tenía su origen en un jeroglífico egipcio con la forma de la palma de una mano. En el alfabeto español se introdujo sólo para transcribir términos procedentes de otras lenguas, como kilómetro o kilowatio, palabras de origen griego; krausismo de origen germánico; kermés galicismo; kárate procedente del japonés o kurdo. La Real Academia Española suele permitir en muchos casos que se escriba con *c* o *q* siempre que sea posible. Sin embargo, se mantiene la escritura de esta

letra en los nombres propios de origen extranjero como Kant, Kepler, Okinawa o Kelvin



Cuando la *l* empezó a funcionar como letra en nuestros alfabetos tenía un aspecto muy diferente al actual.

esta letra viene como casi todas del alfabeto fenicio, quienes la tomaron de un signo de la escritura hierática egipcia. La llamaron *lamed* que significa “*aguijada*” es como un palo o bastón para arrear ganado.

Los griegos la llamaron *lambda* y a su vez crearon una nueva variante que es como una *v* invertida.

Es una de las letras más sencillas y simples de todo el alfabeto, presenta una panza delantera. Esta nació durante la edad media, por el hábito de ligarla con otras letras en la escritura cursiva manuscrita.



La letra *m* procede del signo fenicio *mem*, que significa “agua”

En el alfabeto griego había dos *m* o *my*, como denominaron esta letra, en las islas orientales, era igual que la fenicia y vuelve aparecer después en el alfabeto etrusco y, más tarde, en el latino.

Ya en Roma, en tiempos del emperador Augusto, los latinos dieron forma definitiva a esta segunda *m*, que es la que usamos hoy.



La *n*, los griegos la llamaron *nu*, por su denominación fenicia *nun*, que significa “*pez*” tomada de una línea de agua y un pez en el jeroglífico egipcio.



El signo *ain* fenicio significa “*ojo*”, lo que concuerda con la forma adoptada por la *O*. El nombre de la *o* breve (ómicron “o” pequeña) y de la *O* larga (omega “*O*” grande) en el griego clásico, hace suponer que la diferencia entre ambas letras era sólo de talla, y que la forma de herradura de la omega (Ω) es tardía aunque aparece desde el s. VII a. C. en el etrusco y el latín arcaico esta formada por dos semicírculos de sentido contrario.



Decimoséptima letra del alfabeto español, que procede del latín como adaptación de la letra griega *pi*, que a su vez tuvo su origen inicial en un jeroglífico egipcio. Su nombre es pe.

En español la consonante *p* no presenta diferencias notables en su pronunciación; fonéticamente se describe como una consonante oclusiva, sorda, que tiene el mismo punto de articulación de la *b*, porque es bilabial. En las palabras españolas que son préstamos de otras lenguas el sonido *p* en posición inicial corresponde a otra *p* originaria, como ‘pala’ del latín ‘pala’,

“paradigma” del griego paradeigma, “patata” que se tomó de América, y “papaya”, palabra de origen filipino. Es muda cuando va en posición inicial en los grupos ps y pn como en “psicólogo”, “pneumólogo”.



egipcia
jeroglífica



fenicia
griega de Thera



griega occidental
latina arcaica

Decimoctava letra del alfabeto español, procedente, a través del latín y del griego, de la letra fenicia **qoph**, que a su vez se desarrolló desde un jeroglífico egipcio. En las lenguas semíticas, la **qoph** representa un sonido explosivo, y muy diferente de la menos enérgica consonante griega.

En las lenguas románicas y en otras lenguas modernas, siempre va delante de la letra **u** excepto en las transcripciones de la semítica **qoph**, como en la palabra “Iraq”, de donde procede el gentilicio “iraquí”, aunque en el español escrito, como en otras lenguas, se vacila entre Iraq e Irak. En castellano la letra se llama **cu**, y como en el resto de las lenguas procedentes del latín, sólo se utiliza acompañada de la u muda con las vocales **e**, **i**, como en las palabras “queso”, “pequeño”, “quien” y “mantequilla”. Tiene el mismo sonido consonante que la **c** ante la **a**, la **o** y la **u**.



Su nombre es *erre*. La **R** mayúscula o capital en su forma moderna apareció primero en el alfabeto romano como adaptación de la letra griega *rhô*. Este carácter griego correspondía al fenicio *resh*, que a su vez se originó en un jeroglífico egipcio.



Procede originalmente de un carácter hierático egipcio basado en un jeroglífico que los fenicios representaron como **šin**, que quiere decir “*diente*”; el signo representa dos dientes, uno al lado del otro. El nombre griego *sigma* hizo pensar, por otra parte, en el semítico **šikm**, “nuca, hombro, espalda”.



egipcia
jeroglífica



fenicia
etrusca

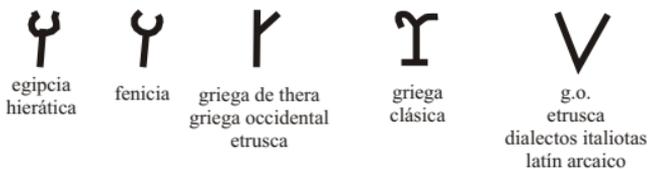


griega
etrusca
latina arcaica

El nombre de la letra *T*, en fenicio “*tau*”, *señal*, *marca*, viene bien a su forma primitiva, parecida a una cruz de san Andrés. Procede originalmente de un carácter hierático egipcio basado en un jeroglífico. Desde el latín arcaico, la letra solo recibió algunas modificaciones.

U, vigésima segunda letra del alfabeto español y última de sus vocales. Su nombre es *u*. El alfabeto semítico terminaba en *t*, pero ahora va delante de otras cuatro nuevas letras, *u*, *v*, *w*, *e* y, desarrolladas en diferentes épocas a partir de la semítica *vau*. La letra *vau* tiene su origen en un jeroglífico egipcio.

A partir del símbolo fenicio, que tenía una forma intermedia entre *f* e *y*, los griegos produjeron dos caracteres, la *digamma*, que pervive como nuestra actual letra *f*, y la *upsilon*, que tuvo el valor de la *u* y se pronunciaba en griego clásico como la *u* del francés moderno, en tanto que el sonido de la vocal española *u* se representaba con el diptongo *ou*, también como en el francés moderno. La forma *v* llegó a Roma, donde representó un sonido *u* como la *u* actual del español.



Vigésima tercera letra del alfabeto español. Su nombre es *uve*. La forma de la letra mayúscula apareció primero en latín, que la había adaptado de la letra griega *upsilon*. A su vez, ésta procedía de un jeroglífico egipcio. En castellano las letras *u* y *v* se usaron indistintamente al menos hasta el siglo XVII.

En español moderno no existe diferencia entre el sonido de la letra *v* y el de la letra *b*, excepto en algunos países de América Latina y en las zonas bilingües de Cataluña, Baleares y Valencia, donde se hereda la pronunciación autónoma de *v* como

consonante que suena al presionar el labio inferior contra los dientes superiores y expulsar el aire por la boca mientras vibran las cuerdas vocales.

W, vigésima cuarta letra del alfabeto español. Su nombre es uve doble o doble **v**. Este signo es más la unión de dos caracteres que una letra propiamente dicha. En español esta letra no se utiliza más que en palabras procedentes de otras lenguas. Si son préstamos de voces tomadas de los godos o del alemán, se pronuncia como una **v**, como en las palabras “Wamba”, “Wagner”, “Westfalia”. Si son préstamos del inglés moderno, tiene un sonido de **u** semiconsonante, como en “Washington”.



El origen del signo **X**, es oscuro y ninguna de las hipótesis formuladas (modificación de la **k**, antigua **tau** semítica descomposición de la **thēta**) ha sido suficientemente probada. El griego clásico representaba el sonido **ks** con un signo derivado del **samek** (**s**) fenicio, reservando el signo **x** para la gutural sorda **kh** (**chi**). Los alfabetos griegos occidentales utilizaban a veces la **x** con valor de **ks**. En latín el nombre de la letra es tardío (**iks**). En español, el empleo de esta letra es muy reducido.

La *y* (i griega) que es la *ipsilon* de los griegos, de la que los latinos hicieron la *v*; fue reintroducida en el alfabeto latino a mediados del s. I a. de C. para representar la *u* griega, que los latinos llamaban *ui*.

I Z

La *dzeta* o (zêta)^{fenicia} griega^{griega} corresponde al *zai* fenicio que en arameo significa “arma” aunque la palabra es de origen iraní. Según los gramáticos latinos, la *z* habría existido antiguamente en latín, pero al pasar la *s* latina intervocálica de *z* a *r*, la *z* quedaría sin empleo, y habría sido suprimida del alfabeto en tiempo del censor Apio Claudio(312 a. de C.). La *z* fue reintroducida a mediados del s. I a. de C., para representar la *s* sonora en las palabras tomadas del griego y se colocó al final del alfabeto.

LAS LETRAS Y EL ALFABETO

Las primeras letras las utilizaron los egipcios, unos cuatro milenios antes de la era cristiana, combinándolas con figuras o símbolos, los llamados *jeroglíficos*, que predominaban cuando denotaban el significado de los sonidos.

Alrededor del año 1300 antes de la era actual, los fenicios usaron una escritura formada casi completamente por consonantes. Ofrecía cierta dificultad, en especial para escribir en otros idiomas.

Unos 400 años más tarde, los griegos utilizaron los signos de los fenicios para completarlos con las vocales. De este modo consiguieron una de las creaciones más admirables, o sea la reproducción de los sonidos de su

idioma por medio de 22 signos, que posteriormente llegaron a 27 en total. El griego no tuvo más que una importancia local y quedó como idioma de los sabios.

Posteriormente, el alfabeto llegó a Italia, donde se formó el abecedario romano, conocido desde el año 600 a. C. (ante Christum). El diseño del mismo, por su belleza insuperable, cierra aquella evolución de las letras para servir de base incommovible a una nueva era. Es así que todos nuestros tipos que utilizamos como mayúsculas tienen su origen en el abecedario romano. Este ha llegado a reemplazar letras de culturas antiguas.



MILES MISSICIVS FIVLIVS

La Capitalis Actuaria



El ritmo, la majestuosidad, la gracia y la elegancia de su estilo incomparable, y tal vez definitivo, no puede interpretarse a través del simple estudio teórico, sólo la confirmación mediante la fiel reproducción manual a lápiz hace comprensible la gran riqueza madurada de su estilo. Lo recibió como letra grabada en la piedra por el cincel, de modo que su forma característica se debe a su destino y a las posibilidades de ejecución.

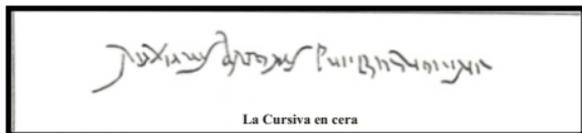
SICUTAQVAETREM

La Capitalis Rústica

La letra manuscrita se basaba en el abecedario clásico, pero la pluma ancha en la escritura rápida de libros ayudó a crear la ***Capitalis rustica***, llamada también cuando, con sus formas características, y con ligeras variantes, apareció grabada en piedra, tomó una denominación diferente o sea ***Capitalis actuaria***.

En el Uso diario y comercial se utilizaba la letra ***cursiva***, la más adecuada en aquel entonces para las comunicaciones corrientes. Mediante un “stilus” se rasguñaban las letras en cera teñida, aplicada en fina capa sobre maderas de tono claro o sobre marfil. Por la poca consistencia de la cera, el lapicero no podía grabar letras en trazos

interrumpidos de modo que tenían que aparecer éstos separados entre sí para no abrir o arrancar la base.



Esta Costumbre siguió respetándose cuando paso a escribirse sobre el papiro y el pergamino, hasta que se volvió a trazar cada letra con un solo rasgo. En esta forma, la escritura se simplificaba y se escribía más fácilmente, con trazos, altos, bajos y de enlace artístico de letras, tanto entre las mismas como, muy en especial, entre palabras.

Esta Costumbre siguió respetándose cuando paso a escribirse sobre el papiro y el pergamino, hasta que se volvió a trazar cada letra con un solo rasgo. En esta forma, la escritura se simplificaba y se escribía más fácilmente, con trazos,

altos, bajos y de enlace artístico de letras, tanto entre las mismas como, muy en especial, entre palabras.



Se entiende que todos estos caracteres tenían un solo signo para cada letra de modo que no se conocía el uso simultáneo de mayúsculas y minúsculas.

Mientras, desde Roma la cursiva se difundía por las provincias del norte, su empleo indujo a crear un carácter nuevo, la letra *uncial*. El abecedario de la misma comprende mayúsculas en forma redondeada y del tamaño de una una pulgada.



Por su presentación artística fiel reflejo del arco redondo de la arquitectura romana, fue el carácter especial para las obras más sobresalientes hasta el siglo VII. posteriormente paso a ser letra de distinción en que tanto que se imponía la *uncial redonda*, cuya forma definitiva, de serena belleza, la recibió de monjes irlandeses, quienes la difundieron por las Galias y la Germania hasta el norte de Italia. Es un carácter de letra que aceptó la mezcla con la cursiva, en un conjunto de mayúsculas y minúsculas, con trazos altos y bajos.

Entretanto, la *cursiva romana* había originado la creación de varias cursivas regionales, que se apartaban de su origen y daban lugar a confusiones. debido en especial a la intervención de Carlomagno, al terminar el siglo VIII, en la ciudad de Aquisgrán se comenzó a

Era la representación del digno estilo **gótico** de arquitectura, que después en su desarrollo llegó a su expresión más alta, o sea al conjunto orgánico de las mayúsculas con las minúsculas, la así llamada "**littera moderna**" que se difundía en todo el occidente hacia fines del siglo XV.

Según las naciones en que era usada, ofrecía ciertas características. La alemana y en parte también la inglesa, se presentaban algo más quebradas que las de Italia, Francia y España; pero el carácter era el mismo y correspondía a la esplendorosa forma artística de esos tiempos. En Italia siguió dominando aun después de la invención de la imprenta, si bien en el siglo XV la **Rotunda** tuvo también mucha aceptación. Era ésta una especie de gótica redondeada, ancha, elegante, obra de la escuela clásica.

Quam multae res h' ponderat qui post po

El estilo Gótico, la "littera moderna"

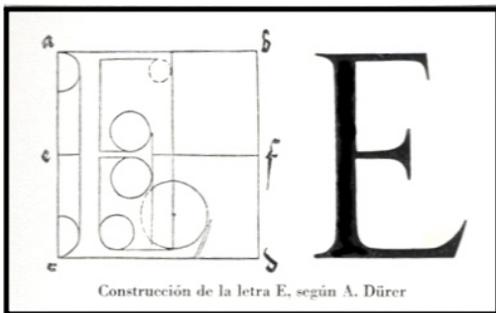
Este gran movimiento enderezado a establecer el ideal de la letra clásica llegó a ser tema predilecto de sabios y artistas, quienes concretaron los resultados de sus estudios. Es seguro que muchos de ellos partían de conclusiones de Leonardo de Vinci, quien, percibiendo la semejanza de la estructura de las letras con el arte arquitectónico, estableció la posibilidad de explicar y concretar las formas de las letras clásicas según las normas de la arquitectura antigua. Para ello, Leonardo de Vinci se basó en dos frases del capítulo primero del famoso tratado "Re architectura" de Marco Polión Vitruvio. Este célebre arquitecto romano dice en aquéllas que las proporciones en

las medidas de una construcción deben corresponder a la ciencia anatómica del cuerpo humano; la altura del mismo se reparte en diez partes, siendo una unidad la cara, desde el principio de la frente hasta la punta de la barba; y que el cuerpo humano, con brazos y piernas abiertos, puede ser encerrado tanto en un círculo como en un cuadrado.



Construcción de la letra O, según Geoffroy Tory

El francés Geoffroy Tory, en un tratado del año 1529, nos demuestra como se construyen las letras según el principio antes mencionado.



El pintor y grabador alemán Alberto Dürer, en un tratado del año 1525, utilizó el mismo principio, basándose en el círculo trazado en un cuadrado, con la división de cada línea en diez partes iguales. Sus detalles minuciosos, entre otras cosas, sirvieron como normas para la construcción de mayúsculas que todavía se usan, aunque no corresponden del todo al buscado ideal clásico.

Como resultado de tan intensa dedicación durante el Renacimiento, resurgió la letra clásica, con proporciones algo deformadas, en combinación con un segundo abecedario, el de las minúsculas. Ya se mencionó que este último no es del mismo origen antiguo. La más ligera comparación permite apreciar que, en cuanto a la presentación artística, no alcanza al gran modelo. No obstante ello, lo completa en la formación de palabras y frases.

A pesar de este contraste, o tal vez debido Al mismo, el tipo romano del Renacimiento tuvo excelente aceptación durante unos 300 años. Aparece impreso por primera vez en el año 1464, en un convento cerca de Roma, para dominar luego por completo en Italia, desde el año 1510, en Francia en la primera mitad del siglo XVI y a fines del mismo en Inglaterra.

Otros países tardaron más en aceptarlo; su última gran conquista es la de Turquía, donde se impuso en el año 1928.

A principios del siglo XVIII, las creaciones de la época del Renacimiento sufrieron reformas parciales, que inició Juan Baskerville en Inglaterra. Le siguieron Francisco Ambrosio Didot, en Francia, y Juan Bautista Bodoni, en Italia. Era la técnica del grabado en cobre, con su marcado contraste entre los tonos claros y Oscuros y los rasgos finos y gruesos, que influía, para llegar a formas de mucha aceptación, las cuales en estos días nos parecen la expresión más cabal de la letra romana clásica.

En este gran desarrollo descrito, no dejó de influir la invención de Gutenberg, la que, en su propio bien, se basó en la tradición establecida, para desalojar la caligrafía de los libros. La reproducción de ésta era arte, inclusive por la personalidad reflejada en el corte manual y verdaderamente artístico de los punzones. A este carácter de creación, durante el Renacimiento, y más adelante, se agregó el estilo propio de creadores, reformadores y punzonistas, que dio brillo a una época de varios siglos y que en parte rige aun hoy. Con el siglo XVIII comenzó a imponerse otra fase de presentación del diseño, llevado a su remate en nuestros días con la fabricación en serie, y al parecer interminable, de siempre nuevas series de punzones o matrices por medios mecánicos de producción. En su mayoría, se trata de variantes o adaptaciones de los tipos llamados

modernos, mecánicamente perfectos, lisos, impersonales, y cuyo valor real se lo da recién el tipógrafo de carácter, el artífice conocedor de las condiciones del mejor uso.



EL PAPIRO

Los resultados de excavaciones practicadas demostraron que, unos tres milenios antes de la era cristiana, los habitantes del delta del Nilo usaban para escribir una materia muy adecuada. Liviana, cómoda de manejar y de una gran durabilidad, tenía unos 13 dedos de ancho, era de tono blanco o amarillento, alisada y recortada, y en una cantidad de 20 o más láminas se pegaba en una sola dirección. La tira así obtenida se arrollaba alrededor de un palo.

El papiro, según el diccionario de la Real Academia Española, es una planta vivaz con hojas radicales, largas, muy estrechas y enteras; cañas de dos o tres metros de altura y un decímetro de grueso, completamente desnudas, suministraban la materia prima.

Solícitamente cuidadas, estas plantas formaban bosques que como islas, ocupaban una buena parte de las grandes extensiones del delta bajo las aguas poco profundas. Los estrechos caminos que surcaban las espesas plantaciones, servían para el transporte de la cosecha.

Consistía ésta en los tallos de la planta, de los que posteriormente se quitaba la corteza para llegar a la médula, parte de fibra muy resistente y flexible. Esta se cortaba en delgadas láminas, que se extendían una al lado de otra, en forma vertical, hasta llegar al ancho deseado, y encima se colocaban otras en la misma forma, pero en posición horizontal.

A continuación, se martillaba el conjunto, para unir las hiladas, que por este método de prensado, y así mismo por las cualidades adherentes de la savia, quedaban pegadas entre sí.

Después de los trabajos auxiliares ya mencionados, las láminas adquirirían la forma típica del rollo tal cual presentaban sus libros los griegos hace unos cinco siglos y los romanos unos tres siglos antes de la era actual. Según el tamaño, la fineza y tonalidad de esta materia, se lograban varias calidades diferentes. De modo que la preparación manual del papiro era variada, delicada y fatigosa, exigiendo no sólo una dedicación absorbente sino también tiempo y capital.

Durante milenios, los egipcios supieron cuidarla como un secreto, por lo que tenían un verdadero monopolio de fabricación.

Es posible que los fenicios o los griegos se encargaran del intercambio del papiro por otra mercancía; no lo sabemos; lo cierto es que la literatura

griega y posteriormente la romana se iniciaron con los primeros rollos de papiro importados.

Con el incremento del uso del papiro, así como por malas cosechas, aumentó también su precio, por lo que, en Roma, el Estado llegó a encargarse del control y de la distribución de la existencia.

Entretanto, habían aumentado las diferentes clases de papiro, de las que mencionaremos la más barata, llamada Paporitica, hecha de la parte inferior del tallo, y el papiro del emperador, el Charta Augustana, producido de la parte superior del tallo.

. El uso del papiro decayó lentamente, pero se empleaba aun en la edad media, de lo que existe comprobación en forma de una bula papal del año 1022.

Hoy, el papiro se fabrica en Sicilia exclusivamente como curiosidad, para ser vendida a los turistas. Pero no por eso serán olvidados los mundos espirituales de verdadero esplendor de los griegos y de los romanos, que han podido llegar a nosotros únicamente por las cualidades sobresalientes del papiro.

EL PERGAMINO

El pergamino es una piel de res, limpia del vellón, raída, sobada y estirada. Se conocía y utilizaba antes de la era cristiana, pero abandonada luego, su uso reiniciase en Pérgama, ciudad de la Misia.

En contraste con el papiro, la materia prima y los ingredientes de preparación del pergamino son de alcance relativamente fácil. Su impermeabilidad y gran duración lo distinguen aun en nuestros días, en que es utilizado en toda clase de documentos y también en libros de calidad, en ediciones de lujo y otros de valor imperecedero.

Hay que tener presente que, en la época que nos ocupa, el libro tenía la forma característica del rollo de papiro ya mencionado. Se escribía sobre un solo lado, por lo que el volumen del material a utilizarse no sólo dificultaba esta tarea, sino que hacía engorrosa la lectura. En el pergamino, en cambio, podía utilizarse el anverso y el reverso, y ofrecía otra gran ventaja: la de poder reunir las hojas en un conjunto mucho más manual, que se denominaba códice. Los monjes de la edad media le prestaban una cariñosa dedicación, pero no obstante se formó un nuevo oficio, el del “ligator”, que hacía la ligadura. Doblando las láminas de pergamino juntaba los diferentes pliegos, y los cosía sobre tiras del mismo material, de modo que la primera y la última hoja del libro quedaban en blanco.

Esta nueva forma tuvo tanta aceptación, que ya en el siglo III de la era

actual se comenzó a llevar al pergamino las obras de los autores antiguos, escritas sobre papiro. Al llegar al máximo esta evolución, el pergamino en la nueva forma del libro desplazó por completo al papiro.

La demanda de libros crecía por entonces, y no encontró, naturalmente, en el pergamino la materia prima más conveniente, ya que sólo un costo más moderado permitiría su distribución en la vasta escala deseada.

EL PAPEL.

Según datos no documentados, en el siglo II, o III, antes de la era cristiana, se llegó a utilizar en China restos de géneros de seda para producir una materia similar al papel. A ciencia cierta se sabe que el guardián del palacio real y posterior ministro de agricultura de China, Tsai Lun, en el año 105 de la era actual, presentó a su emperador Ho Ti un producto obtenido de determinadas fibras entrecruzadas: el papel.

Comprobamos con verdadero asombro que, en aquel entonces, un hombre concibió y llegó a concretar las condiciones básicas de la fabricación de papel.

Se cree que Tsai Lun, por medio de un simple proceso de putrefacción, ablandaba las fibras de la corteza de la

morera, de redecillas, trapos de hilo y de cañamo, para machacarlas luego en un mortero. Agregando el agua necesaria, conseguía un líquido lechoso, en el cual sumergía un tejido, una especie de cedazo, para que las fibras se depositaran sobre el mismo en la forma más pareja posible. Una vez obtenido este resultado, dejaba escurrir el agua, para volcar el depósito, que cada vez era una hoja de materias saturadas de humedad, sobre el tejido. Superpuestas, prensaba la pila de hojas; luego las secaba más aún, separando unas de otras, las alisaba y conseguía una mayor consistencia de las mismas por medio de un baño de almidón. En poco tiempo, en China se llegó a dominar por completo el proceso de la fabricación del papel, que durante siglos pudieron mantener en secreto, constituyendo una mercadería de primer orden y muy bien cotizada.

El papel de fabricación más antigua que ha podido conservarse hasta nuestros días es de origen chino. Data del siglo II, y lo encontró el gran explorador Dr. Sven Hedin, en el año 1901, bajo las ruinas de la ciudad fronteriza Lou Lan, durante unos dos milenios cubiertas por las arenas del desierto de Gobi.

Con la cultura china, alrededor del siglo VI, llegó también la fabricación del papel a Corea y pocos años después, al Japón. Allí se mejoró el sistema de fabricación en grado tal, que se menciona al japonés Kakinomoto Hitomaro como el inventor del papel.

Como materia prima principal, servía la corteza interior de las ramas de la morera, que se cortaban para clasificarlas y cocerlas. Luego de secarlas y humedecerlas de nuevo, podía separarse la corteza interior de la

exterior. Esta pulpa se cocía con cal o ceniza; a continuación, se las limpiaba en agua, se las machacaba con martillos, y se la deshacía en fibras que, con el agua necesaria, formaban el líquido lechoso.

El uso de la tela seguía siendo el mismo, y también los demás procedimientos, con excepción del encolado y blanqueado, para lo que utilizaban harina de arroz.

De este modo, el procedimiento de la fabricación había evolucionado mucho. Y si bien la materia prima de superior calidad era fundamental para conseguir productos realmente excelentes, que hasta nuestros días mantienen su fama, es un acto de justicia reconocer que, por su profundo cariño a la profesión y su intensa dedicación al trabajo, tanto los chinos, como, en especial, los japoneses

obraron en forma ejemplar al imponerse en los mercados del mundo entero con esta mercadería verdaderamente noble de su especialidad.

En el año 751, prisioneros de guerra procedentes de China, tomados en Samarcanda, revelaron el secreto de la producción del papel a los árabes, los cuales, en su capital Bagdad y bajo la protección del Estado, se dedicaron a la fabricación del papel en gran escala. La técnica de producción de los árabes se caracteriza por utilizar, a falta de una materia prima especial, como tenían sus maestros, la misma clase de trapos y géneros de hilo con que envolvían las momias, adaptando esta materia, para ellos nueva, a la mayor perfección. De ellos nos ha quedado la palabra “rezma” o sea resma, que comprendía 10 manos de papel de 25 hojas cada una.

Los árabes llegaron a dominar en absoluto el mercado de Europa. El papel de su fabricación salía de Bagdad, vía Damasco, por el Mediterráneo, llegando a Sicilia antes de 1109, a Génova antes de 1154 y a Venecia antes de 1223. Los genoveses y los venecianos, en aquel entonces, mantenían un intenso intercambio con el papel que traían del oriente.

El arte de hacer papel se inició por primera vez en Europa el año 1150, en la villa de Játiva, en España. Así lo asevera el escritor árabe *Edrisi*, agregando que “lo hacían de cáñamo y de lino como no había otro igual en todo el universo”. De Játiva, lo llevaban al África Islámica, y de otro molino de papel español en Valencia, en el siglo XII, lo exportaban al sur de Francia, donde antes habían llegado ya los genoveses con el papel de procedencia árabe. Se cree que las

primeras contraseñas, filigranas o marcas de agua datan del siglo XIII.

En Italia se erigió el primer molino de papel antes de 1268, en el pueblo Fabriano, de la provincia de Ancona, llegando en 1283 a Treviso y 10 años más tarde a Bolonia.

En el año 1388, se conocía este arte también en Francia, exportando Italia y Francia su mercadería al sur y oeste de Alemania.

En este país se cree que ya en el año 1312 se comenzó la fabricación del papel en Munich o Ravensburgo; en el mismo sentido se menciona algo más tarde a Colonia. Existe una comprobación documental del año 1390 referente a una fábrica de papel en las afueras de la ciudad de Nuremberg, donde Ulman Stromer la inició con la

colaboración de artesanos italianos. Por un memorial cuidadosamente llevado, se sabe que Ulman Stromer utilizó como única materia prima trapos, que se cortaban en pequeños pedazos, para llevarlos a bateas especiales de piedra que contenían agua. Por encima de las mismas, y movido por ruedas hidráulicas, giraba un fuerte eje de madera que, dentro de las bateas, hacía mover pesados martillos para pisar, machacar y moler el contenido hasta que éste formaba una papilla. Se trataba de una técnica ya conocida, y el mismo accionamiento por ruedas hidráulicas fue motivo para llamar a estos establecimientos molinos de papel. La importancia de los mismos aumentaba en relación con la cantidad de bateas que tenían, y que en las afueras de Nuremberg en el año 1390, era de 18 en total.

Desde aquel momento, la fabricación de papel aumentó constantemente, de modo que Gutenberg ya contó con este material de primera calidad y en cantidad suficiente, pues en el año 1440 Alemania tenía unos 10 molinos de papel, que en el año 1500 parece que habían llegado a unos 50 en total.

Entretanto, se comenzó con la fabricación de papel en Marly, Suiza, en el año 1411, en Inglaterra en 1494 y en Austria en 1513.

Por otra parte, fue precisamente la invención de la imprenta con caracteres movibles la que impulsó la producción de papel. En principio, se seguía usando el procedimiento inventado por Tsai Lun. La materia prima eran trapos, los que escaseaban como consecuencia de la gran demanda. Por consiguiente, se conocían concesiones, prohibiciones de

exportación y privilegios, estos últimos también para los artesanos que tenían sus organizaciones propias, por medio de las cuales establecían normas gremiales muy rígidas. Pero es justo reconocer que su trabajo era obra de artesanos, lo que no se refiere tan sólo al procedimiento meramente mecánico de conseguir hojas de igual espesor, ya de por sí en extremo difícil, teniendo presente la poca consistencia del líquido lechoso, sino en especial a la alta calidad del producto. Las ediciones llamadas “incunables”, son la mejor demostración de una bondad excelente del papel hecho a mano en aquellos tiempos, y que todavía, a pesar de muchos adelantos técnicos, no ha sido superado.

Para poder apreciar aunque sea sólo en parte, aquel sembrar de cultura, obra de hombres dignos abnegados y decididos, es bueno saber que, hasta el siglo XV, las diferentes obras habían llegado a la cantidad de unas 40.000, con un total de unos 300.000 ejemplares existentes en bibliotecas y colecciones.

Con el siglo XV, o más precisamente, a principios del siglo XVI" se cierra el período de incunables, para dar lugar a un cambio profundo en la estructura espiritual de la sociedad, que exigía amplia colaboración de las artes gráficas, a medida que la facultad de leer dejaba de ser privilegio de pocos.





Con la invención de la cuba holandesa se inició la era de la mecanización de la fabricación de papel. Los holandeses la utilizaron por primera vez en el año 1640, y comprobaron que la cuba de su invención reemplazaba muy ventajosamente a las bateas para pisar, machacar y moler los trapos cortados previamente. En principio, consta de un tambor con cuchillas que

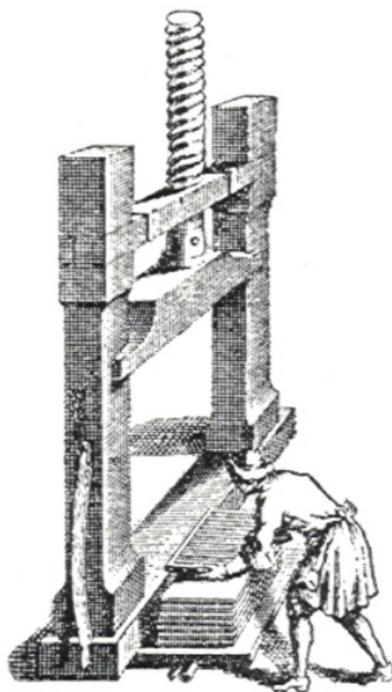
combinan con otras en el fondo semirredondo. Un dispositivo sencillo permite una fina graduación de la distancia entre estos dos juegos de cuchillas. Cuanto más cerca se hallan entre sí, más finas resulta la fibra. Como el tambor no ocupa todo el ancho de la cuba, se halla ésta provista de una pared divisoria, formándose así un canal de acceso de la composición, que, en constante circulación, vuelve sobre el recorrido después de seguir el movimiento del tambor, con lo que se produce una intensa acción de molienda. La preparación de la composición de papel quedó resuelta del mencionado modo; no así la escasez, cada vez mayor de trapos, lo que en el año 1719 indujo a los ingleses a producir papel de paja y de ciertas plantas.

Pocos años después, en 1725, se inventó en Alemania la cortadora de

trapos, muy útil en la trituración de los mismos. Pero también allá existía el problema de la escasez de pasta de paja amarilla, la que desde luego no podía reemplazar a la pasta de trapos. No obstante ello, representaba una nueva materia, que aún hoy se utiliza, blanqueándola, hasta como agregado a la composición de papeles de offset.

La búsqueda de un sustituto de los trapos indujo al teólogo alemán doctor J. J. Schaefer, en el año 1765, a efectuar ensayos con el firme propósito de hacer papel sin trapos o con un agregado reducido de los mismos. Sus intentos son muy dignos de mencionar, aunque no obtuvo resultados decisivos en el uso de la corteza de varios árboles, plantas y hasta tablillas de ripia.

Habían pasado casi 1700 años desde la invención de Tsai Lun, cuando en el año 1799 el mecánico francés Louis Robert superó aquella con su máquina de fabricar papel por medio de una tela metálica sin fin, la que en el año 1803 mejoró el súbdito inglés Donkin.



Es necesario apartarse en algo de la pesadez de las construcciones actuales, verdaderos monstruos mecánicos, que con unos 52 metros de largo por 5 metros de ancho y 4 1/2 metros de alto pesan unos 500,000 kilos y producen por minuto unos 200 metros de papel de 360 cm. de ancho, para acercarnos con admiración al invento de Louis Robert, quien concibió la idea de la fabricación continuada de papel. La realizó con los medios primitivos a su alcance: una batea de madera con los rollos soportes del tejido y el movimiento a mano del mismo, combinado con el movimiento vibratorio, para conseguir el entrecruzamiento de las fibras, después de cambios y modificaciones, consiguió tiras de papel hasta de unos 15 metros de largo, con lo que inició una época de florecimiento para los papeleros.

Siguiendo esta evolución, en el año 1805, el fabricante alemán Illig inventó el encolado previo de la composición del papel en la cuba holandesa, utilizando cola a base de resinas. Con este procedimiento se evita todo un proceso complejo y engorroso, o sea el encolado posterior a la fabricación.

En el mismo año 1805, el mecánico inglés Josef Bramah inventó el bombo, la máquina cilíndrica de fabricar papel, La mejoró John Dickinson en el año 1808, A esta altura, ya existían talleres mecánicos que se dedicaban a la fabricación de máquinas para hacer papel, como por ejemplo la firma inglesa Bryan Donkin, que en el año 1818 entregó una de sus construcciones a una fábrica de Berlín.

De otro invento de fundamental importancia para la fabricación de papel fue autor, en el año 1845, el tejedor

alemán Godofredo Keller, con la producción de la pasta mecánica. Utilizo una sencilla máquina para afilar, movida a mano, con una piedra arenisca, contra la cual llevaba trozos de madera, echando encima de la piedra agua. De este modo conseguía deshacer las fibras, que con el agua formaban la pasta mecánica.

No obstante todos estos adelantos, los fabricantes tenían que dar a su papel la necesaria consistencia, recurriendo a la pasta de trapos, la que escaseaba cada vez más. En aquellos momentos de verdadero apremio, un súbdito inglés residente en América del Norte inventó la fabricación de la pasta química, empleando sosa cáustica. Para obtener este producto, es necesario quitar la corteza de la madera, reducirla a pedazos chicos y cocinarlos unas 8 horas en soluciones alcalinas, bajo una presión



de unas 6 atmósferas. Esta clase de pasta química es de un tono marrón oscuro, por lo que, en tal estado, sirve como agregado a las composiciones de papeles de colores, como el papel Kraft, o para bolsas para cemento, etc. por ser difícil de blanquear, y no obstante poseer una fibra sutil y servir en especial para papeles pluma y otros parecidos, no llega a reemplazar del todo a la pasta de trapos. Tampoco cumple esta misión la pasta de paja, que se produce de una manera muy parecida a la de la pasta química ya

mencionada, pues las fibras de esta pasta son cortas. Empleadas con exceso, tienden a dejar pelusa y dan cierta dureza a los papeles, por lo que hasta el año 1866 no se había llegado a una solución definitiva. Esta fue hallada por varios inventores, el norteamericano Tighmann, de Philadelphia, el sueco Eckmann y el alemán Mitscherlich. El procedimiento es parecido al ya mencionado; se utiliza madera cortada, que se cuece en soluciones de sulfato de cal que contienen ácido sulfúrico, a unos 130° C., durante unas 25 horas para lavar el producto, separarlo y depurarlo. Según la duración del cocido y la presión empleada, puede obtenerse pasta blanda o más dura, la que, luego de ser blanqueada, es un reemplazante perfecto de la pasta de trapos, en especial para papeles algo absorbentes, como los de dibujo, escritura y *offset*.

[Posteriormente se ha llegado a un grado tal de perfección en la producción de esta materia prima, que la gran mayoría de los papeles llamados “Libres de madera” son de una composición química obtenida con sulfato de cal.

Es interesante observar que, con la fabricación de la materia prima buscada desde hace siglos, se cierra una serie de grandes invenciones, las que en conjunto dieron lugar a una perfección mecánica de la producción ni siquiera imaginada pocos años antes.

Entretanto, en el Nuevo Mundo, desde 1508 llamado América, las artes gráficas se adelantaron a la fabricación del papel.

En América del Norte se instaló la primera prensa de imprimir en el 1638, en Cambridge, mientras que el súbdito

alemán Guillermo Rittinghausen introdujo el arte de fabricar papel, instalando el primer molino en el año 1690 en Roxborough, cerca de Philadelphia. Esta especialidad de producción hizo rápidamente escuela, en particular en el estado de Pensylvania, en que los molinos de papel, en menos de un siglo, alcanzaron la apreciable cantidad de unos 48 en total.

En América Española, la dedicación a las artes gráficas data de más de un siglo antes. Lo demuestra don José Torre Revello en su libro *Orígenes de la imprenta en España y su desarrollo en América Española*, citando “las gestiones realizadas en el año 1533 por el obispo fray Juan de Zumárraga, de la Orden de San Francisco”, quien en un escrito dirigido a Carlos V menciona: “que sería muy útil y conveniente haber allá (en Méjico) imprenta y molino de

papel, pues se hallan personas que holgaran ir con que Su Magestad les haga merced con que puedan sustentar al arte”. No obstante la resolución favorable y que establece que “se les dará pasaje y matalotaje y almojarifazgo y se les prestará allá alguna cantidad de la hacienda de Su Magestad para ayudar a comenzar y privilegio por tiempo señalado”, las dificultades deben de haber sido grandes, pues, con fecha 6 de mayo de 1538, el obispo Zumárraga dirige otra carta al Emperador, en que comunica: “Poco se puede adelantar en lo de la imprenta por la carestía de papel que esto dificulta las muchas obras que acá están aparejadas y otras que habrán de nuevo darse a la estampa; pues se carece de las más necesarias, y de allá son pocas las que vienen”.

El primer impreso en el Nuevo Mundo apareció en 1539, realizado por

el famoso impresor italiano Juan Pablos, enviado a Méjico por la casa de Juan Cromberger de Sevilla.

El papel de fabricación hispana que por primera vez se utilizó en Méjico lleva el año 1521 en la filigrana. Se menciona como posible que Hernán Cortés se haya servido del mismo para escribir la primera carta a Carlos V.

Según lo comunicado por el obispo Zumárraga en 1538, no es de suponer que progresaba el proyecto del molino del papel, del cual hay cierta documentación en forma de filigranas recién en el año 1737.

De acuerdo con un documento que se halla en el Archivo General y Público de la Nación encontrado por el profesor Nicolás Rangel y publicado por el se me

licenciado Ramón Mena en “*Filigranas o Marcas Transparentes en Papeles de Nueva España del siglo XVI*” la fabricación de papel en Méjico la inició don Francisco Pardo. Él mismo manifiesta textualmente “que tengo discurrido arte con que fabricar papel con exmero y limpieza, y para poderlo hazer, se ha de servir V. E. de con cederme lizençia y mandar se me libre el recaudo correspondiente, teniendo presente V. E. que este es notorio beneficio, y que el mexor crisol y calificación del empeño es la experiencia de la misma fábrica pues su expendio manifestará en calidad y de ello me resulta a mi el beneficio de buscar el mantenimiento de mis obligaciones. “El Duque de la Conquista, por mandato de S. E. don Juan Martínez de Soria, con fecha “Diziembre treçe de mil setecientos cuarenta” accede a la instancia,

estableciendo “por mi superior decreto del diez del corriente, mando hazer como por esta parte se pide, en cuya atención, por el presente doi y concedo lizencia, sin que en ella se la ponga embarazo por ninguna justicia ante sí mando a las de S. M. le guarden y hagan guardar los Privilegios que le corresponden por el nuevo ingenio que resulta en beneficio de S. M.

La primera filigrana usada en Méjico representa tres circunferencias superpuestas, coronadas con una cruz trebolada en la primera circunferencia y las iniciales A. R. en la segunda.

El primer libro impreso en America del Sur lo fue en 1584 por Antonio Ricardo, en Lima. Impresor natural de Turín se estableció primero en Mexico, para pasar a Perú en el año 1582, donde, con la primer imprenta en América

latina inició una era de progreso de las artes gráficas.

¿Dónde y cuándo encontramos los primeros vestigios del idioma español?

La respuesta no es nada simple ya que nos tenemos que referir a los testimonios escritos, sin poder determinar cuántos años o generaciones se necesitaron para que de la oralidad se trasladara al papel la primera oración que se pueda catalogar como propiamente española.

Al primer interrogante (dónde) la respuesta tiene consenso: San Millán de la Cogolla, norte de España, región de La Rioja. Monasterio Benedictino.

El cuándo es más problemático, si se quiere fechar.

En 1923 se estudiaron los primeros

códices, con los cuales se afirma que el idioma tuvo su primera expresión escrita conocida a finales del siglo X o principios del XI.

Dice Martín Alonso (Evolución sintáctica del español. Madrid: Aguilar, 1962):

"Tanto en las anotaciones emilianenses (Glosas monacales de San Millán de la Cogolla conocidas como Glosas emilianenses) como en las silentes (Glosas de Silos en Burgos) la huella del español se reduce a palabras sueltas o breves frases. Sólo una vez, en una de las glosas de San Millán hay un párrafo del que podemos decir que tiene ya morfología española y estructura sintáctica."

Ramón Menéndez Pidal transcribe esas líneas (Orígenes del Español. Madrid: Espasa-Calpe, 1956):

"Karissimi quotiens cumque ad
ecclesiam uel ad
sollemnitatem martirum conuenti
fueritis.... adjubante
domino nostro Ihesu Christo cui est
honor et imperium
cum Patre et Spiritu Santo in secula
seculorum: Cono
austorio de nuestro dueno. dueno
Xristo. dueno salbatore
qual dueno get. ena honore. e qual
dueno tienet. ela
mandatjone. cono patre cono spiritu
sancto enos sieculos.
de lo siecu los. facanos deus
omnipotes tal serbitjio fere.

**ke delante ela sua face gaudioso
segamus. Amen"**

Así es como lucía el más antiguo de los
castellanos

Gutenberg, Johann

Quinientos años han sido más que suficientes para hacer desaparecer en forma definitiva muchos datos históricos de aquel genio Llamado Gutenberg y hacernos aparecer su gloria a través de todo un velo de leyenda. La inquietud investigadora no repara en lo poco atrayente de las mismas; en más de 700 obras, hombres conscientes y de estudio han dejado testimonio de todos aquellos pormenores de la invención de la imprenta que el tiempo no borra. Lo han hecho minuciosamente, al extremo de que ocupan un lugar destacado detalles referentes a cuestiones comerciales anexas, amenguando así un poco el vigor del hecho en si. Si bien la exposición de

los acontecimientos pasados no admite otro camino, el gráfico, y ante todo el que se inicia en nuestro arte, prefiere venerar al maestro en su evolución específica, acompañándolo hasta llegar a la belleza cabal del su creación.

Gutenberg, Johann (c.1400-1468), impresor alemán y pionero en el uso de los tipos móviles.

Poco se sabe de su vida y producción; ninguna de las obras que se le atribuyen está firmada. Nació hacia 1400 en Maguncia, y su primera formación fue la de orfebre. Más tarde, su familia se estableció en Estrasburgo. En 1438 Gutenberg se asoció con Andreas Dritzehn para llevar a cabo experimentos de imprenta. Hacia 1450 regresó a Maguncia donde se asoció con el comerciante y prestamista alemán Johann Fust, creando una imprenta donde probablemente comenzó a imprimir la gran *Biblia sacra latina*, así

quedó terminada antes de finales de 1456, y se supone que colaboró en su realización Peter Schöffer, yerno de Fust y aprendiz de Gutenberg.

En 1455 Fust entabló un pleito contra Gutenberg, reclamando el dinero que había invertido en la empresa, por lo que el impresor se vio obligado a ceder su participación en la misma. Después de su ruptura con Fust, Gutenberg siguió imprimiendo, tanto en Maguncia como en la cercana ciudad de Eltvile. En 1465 Adolfo II, arzobispo de Maguncia y elector de Nassau, se convirtió en su mecenas, como reconocimiento a su invento. Gutenberg murió el 3 de febrero de 1468 en su ciudad natal, donde se ubica hoy un museo que recrea su prensa y su taller.

Pablos, Juan

Pablos, Juan (?-1561), impresor italiano instalado en México a partir de 1539.

Nacido en Brescia (Italia), se trasladó desde España a la ciudad de México en 1539. Allí trabajó como componedor de letras de molde al servicio del impresor sevillano Juan Cromberger. Todos los libros que salieron de su taller mexicano entre los años 1539 y 1546 llevan la indicación de haber sido impresos “En casa de Juan Cromberger”, como consecuencia del contrato establecido entre ambos. Más tarde, a partir del 17 de enero de 1548 ya se publicaron como realizados “En casa de Juan Pablos”. El

primero de ellos fue la *Doctrina cristiana en lengua española y mexicana*. De este mismo taller salieron importantes textos de fray Pedro de Gante, Alonso de Molina o fray Juan de Zumárraga, dedicados a la evangelización y realizados tanto en castellano como en náhuatl

A los dieciséis días del mes de Febrero,
del año 2005,
En el taller **PRINTER** sito en
La casa número cuarenta y dos de la
Calle González Ortega de Tuxpan, Ver.
Se acabó de imprimir este volumen
Consta de 1000 ejemplares